



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

LA RUIDOSA MARCHA DE LOS MUDOS

JUAN ÁLVAREZ

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

© Juan Álvarez, 2017

© 2017, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6196-0

ISBN 10: 958-42-6196-7

Primera impresión: agosto de 2017

Segunda impresión: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

JUAN ÁLVAREZ (biografía)

Juan Álvarez (Neiva, Colombia, 1978) es MFA del Departamento bilingüe de creación literaria de la Universidad de Texas en El Paso, y Ph.D del Departamento de culturas latinoamericanas e ibéricas de la Universidad de Columbia en Nueva York. Ganó el Premio Nacional de Cuento «Ciudad de Bogotá» 2005 por el libro *Falsas alarmas*, y el Premio de Ensayo Revista Iberoamericana 2010 por un texto sobre el insulto y la ofensa como instrumentos políticos en la historia de Colombia. En 2011 publicó la novela *C. M. no récord* y fue elegido entre «Los 25 secretos mejor guardados de América Latina», selección convocada por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Su colección de relatos *Nunca te quise dar en la jeta, Javier* está publicada en este sello.

*Para mi padre,
servidor público en Colombia
más de la mitad de su vida,
lo que casi se la destruye.*

ÍNDICE

1. Ruido le hacían las entrañas.....	11
2. Diga algo, que parece mudo.....	37
3. Emperchados y culisecos.....	67
4. Quería ver volcán.....	95
5. Tanto deseo de sangre	119
6. Ambas cabezas, así nos lleve el putas.....	138
7. El destrozo oscuro entre nosotros mismos ...	155
8. La daga arriba del estómago	181
9. Tanta justicia que a todos esquiva.....	199
10. Los mismos nuestros son los peores	220

1. RUIDO LE HACÍAN LAS ENTRAÑAS

Hojas rotas en legajos debajo de las piedras. El pasado craso que encima. El futuro estrecho que larga. El arreo parejo de la zozobra y la desgracia. El pertrecho desgastado de la dicha. Manos asesinas temblando todavía. Sangre y peligro y viento helado de montañas remontadas en el cansancio de la servidumbre y los días. La execrable orfebrería de la muerte. El grito nocturno de chicharras atendido como canto. La voz de un hombre debajo del peso de las piedras.

El año recio de 1808.

El año meridiano de 1808.

1808 gatillo de temperaturas: el calor de rumores al oído; el umbral previo al sacudón del Virreinato del Nuevo Reino de Granada.

La naturaleza prodigiosa de aquel reino se deja entender en su clima más o menos húmedo, más o menos frío, paramoso a veces según la dirección y picos de las cordi-

lleras que gobiernan. Donde la elevación hace tregua, que se descubren senderos perfumados de sabanas brumosas, el terreno agarra fértil y da moral a la variedad de frutos y empresas. Se baja del mando frío y se entra gradualmente en los temperamentos cálidos, hasta dar con las faldas y los valles y la extensión de llanuras trazadas en topografía de añoranza. Así como el espíritu entra en el color se funde luego en ciénagas y estuarios de los mil ríos que irrigan el ancho de los tiempos vasallos, hasta llegar al mar, que es decir el mundo de los europeos.

Núcleo de una geografía colonia.

Radio de una historia independencia.

Las arrugas de la boca como raíces de un árbol de la señora madre de los Caballero Llanos. Sesenta años y retrato del trajín chichero. La nuca floja y la cadera chueca y las piernas corvas del hijo prudente comerciante de los Caballero Llanos. Cuarenta y tres calendarios, y débil aún en el trabar de manos. Las pantorrillas cosa seria y los muslos redondos como sandías de la india azote recibida de los Caballero Llanos. Veintisiete años, semblante oscuro, pelo grueso y ojos suyos que vigilan.

Seno este de una familia en batalla.

Ruido también del interior de los humildes.

José María Caballero Llanos no entró en el corazón de neogranadinos ilustres por decir su mente. Tampoco por

callársela. Fue más simple: su cara propia, esa que en los buenos casos le leían de saber escuchar. No tenía otra. En lo que era hablar la mandíbula se le había puesto tiesa a los ocho años, después que lo aventó al suelo una burra en uno de los cañones del camino a Choachí. Fuerte agarraba la tormenta de cordillera. Al principio centellas que parecían pintura a distancia en los picos nublados, pero luego pronto el ruido iracundo de rayos malsanos encima de sus cabezas. El animal con susto recibió mal un tirón aquí de la rienda, se encabronó y sacudió hasta las pezuñas. El niño Caballero dio a un charco hondo del que lo sacaron inconsciente y con la quijada rota atrancada en barro. Acompañaba a don Mariano, su padre, que pa ese año de 1773 le había metido ya cuatro viajes corticos en mula, porque ayuda bendita era lo que el muchacho intuía del oficio de marchar mercancías.

Su primera faena fue campanero. Prenderse a la boquilla del cuerno y sonarlo a sople grueso cuando sospechara de algo: un ladronzuelo; algún vagabundo desesperado; oficiales de recaudación con malas intenciones. Así mientras su padre se ocupaba de ir entrando en tambos y tabernas, en estancos y recovecos, camino a los alrededores de la capital, a veces ofreciendo al nororiente carga que venía del sur, a veces al cruzado, tres, cuatro, quince días, que lo más era trigo, lana, algodón, lino, cáñamo, añil, textiles de Girón, ruanas de Tunja, maderas de Guaduas y a veces cacao y azúcar, cuando conseguía llegar temprano en el mes a la villa de Honda. Esto y sacos de dos tamaños: los grandes de lona, pa meter aparatejos y libros; y los mirringos de

terciopelo pa esconder piedras preciosas, joyas rehechas y alcahueterías raras ordenadas por ibéricos panzones.

Cinco semanas mantuvo el niño Caballero en cama. Lo limpiaron, le cosieron los rotos y le reacomodaron a sobaje el hueso quebrado de la mandíbula abultada en la parte inferior de la oreja derecha. Ni ahí chistó palabra. Tieso namás igual que carroña a la espera de gusanos. Un médico gachupín, al que el papá le transportaba libros que le enviaban a Cartagena desde La Habana, le trató la hinchazón con potajes y el entumecimiento con rutinas de masajes para carnes y tendones. Aunque el niño parecía muerto funcionaba en sus órganos. Ruido le hacían las entrañas, y era como el hacer mismo de la vida. Pasaba papillas y sopas, hacía del baño y respiraba ligero y lejos con la regularidad de las lluvias de abril. Todo lento entre gasas y ungüentos. Pero vivo.

Por Dios santísimo, doctor, que mi niño está'í dentro, le dijo la madre doña Efigenia al cielo prendida de los dedos y la misericordia del facultativo. Era la cuarta semana. Este les había dado a entender que no venía más, que se le salía de las manos y que fueran viendo cómo despedían al bendito, porque lo suyo era ya mejor resignarlo al Señor. El padre, enderezado con el parecer del médico, boleó firme las manos y dio instrucción de agarrar todos de vuelta a las tareas de la tienda de chicha. Él haría lo mismo con otros pendientes, que mucha moneda le seguía haciendo falta a la familia. Su mandar, sin embargo, más lejos no llegó, porque doña Efigenia le reviró de una que estaba tonto si creía que ella iba a dejar de orar día y noche por su muchacho malherido.

El regreso no fue tosiendo. Ni agitando la respiración. No fue en velada nocturna cuando las comadres hacían ronda de rezos. Tan sereno como tuvo el rostro las semanas que pasó acostado tieso, una tarde de la quinta, a finales de mayo, en día de misa por la Ascensión del Señor, el niño Caballero se reclinó, reconoció las paredes terrosas de la habitación donde crecía junto a sus hermanos, y tembloroso por los músculos entumidos dijo Ay madre. O creyó que dijo, porque de cierto no fue palabra lo que le salió de la jeta adolorida y levemente torcida en la parte derecha de la quijada. Había vuelto envejecido, como con ceniza encima. Los mismos ocho años, pero inscrita en la mandíbula la tormenta del silencio.

En la casa Caballero Llanos dieron gritos a la Divina Providencia, prendieron voladores y enchicharon cuadra con el cariño de un par de comadres tenderas de otras chicherías del barrio, quienes recién enterarse invitaron tres cántaros de vicio. La madre de Caballero agarró a bailar, con este y con este otro, y le cantó a su marido y le mandó recado porque andaba ya lejos laboreando. Fue tanta la alegría ese día del resucite que nadie quiso darse cuenta de la verdad de a puño con que José María regresó a las desgracias de la tierra: mudo de lengua.

Imbécil, iban a anotar los censos del reino por delante.

La esperanza triste de la familia Caballero Llanos, tras el despertar mudo del hijo mayor, tuvo réplica en las tierras

raquíticas del virreinato. Empezó entonces, pero solo se concretó al quinquenio siguiente, cuando el 12 de octubre de 1778 el rey Carlos III promulgó el Reglamento y Aranceles Reales para el Comercio Libre de España a Indias, cierre al fin de las reformas mercantiles timoratas con las que la realeza borbona hacía como que modernidad.

Había aumentado el número de puertos peninsulares habilitados para el comercio con Indias. Había sido reemplazado el régimen de flotas patrulleras rotas por un sistema de navíos prestos e independientes. Había visto anulación el cargo de varias figuras antipáticas de la administración, dándole paso al fresco de una sola cabeza competente en recaudación de tributos y creación de intercambios: el intendente.

No obstante, la miseria de la gente intacta, paliada igual que siempre por el contrabando y la malicia. Lo distinto definitivo era así la ilusión que traía consigo aquella autorización intercontinental del 78, con la que dejaba de ser pecado y crimen, y pena de muerte eventual, mover valores por fuera de los monopolios varios de España. Aparecía posible, imaginable, la propia América como mercado.

Pero uno, cinco, quince años pasaron de anhelos y alborotos y lo único que en el reino cambió fue el acomodo de la peste siempre encima: incomunicación interna y régimen tributario abusivo. Desde el bautizo se apoderaba del hombre la mano del fisco, para seguirlo del casamiento al entierro. Y aún más allá de la tumba, cuando a la familia pobre le cobraba el derecho de manumisión, a la familia quebrada los costos de la mortuoria y el albacea testamentario, y a cada heredero pudiente dueño de algo

derechos cruciales de inventario, avalúo, división y participación.

Contrariaba a propios y extraños que ningún virreinato en el continente era más fértil. Cada planta conocida podía ser cultivada allí, en tierra de todos los temperamentos y elevaciones. El oro, la plata, la platina, el hierro, el cobre, las piedras preciosas. Un considerable número de vegetales exclusivos. El abrazo de los dos mares, bajo la zona tórrida, y con ríos caudalosos y navegables que lo bañaban por doquier en ventaja natural para el tráfico de los frutos.

A 1803 el reino perdió con Guayaquil el ramo del comercio de cacao, que ascendía a 150.000 pesos anuales. El algodón, principal valor de la agricultura y la navegación, que ese año sumaba entre las exportaciones de las provincias de Cartagena, Santa Marta, Girón y El Socorro, 30.000 quintales, vendiéndose entre 20 y 28 pesos, a la fecha de 1808 bajó hasta los 14.

Entrado así el siglo XIX, la diferencia entre población y lucro no resistía comparación con tierra alguna aledaña. No una sin bochorno. Respecto a la Capitanía General de Venezuela, la diferencia era de 1.200.000 habitantes más en el Nuevo Reino de Granada, pero 9.000.000 de productos menos. 1.600.000 habitantes más que Cuba, pero 32.000.000 de productos menos. Frente a Jamaica, 1.800.000 habitantes más y 76.000.000 de productos menos. El Santo Domingo francés era la tapa: 1.950.000 habitantes más y 264.000.000 de productos menos.

Sabían pues, criollos y campesinos, oficiales y esclavos zambos, el prelado, las mujeres, los niños y cada miem-

bro de las familias de mercachifles y comerciantes, que a tres décadas de las reformas benditas, el actual régimen de agricultura y minas era lamentable, motivo del achaque del virreinato y del abatimiento de sus habitantes, para quienes el sobrante anual no llegaba a los 2 pesos, cuando en Caracas esa cifra para cada hombre era de 6, y en los Estados Unidos de América de 8, carajo.

Lo mudo lo sacó de mucha de la fiesta del mundo. Lo mudo mismo condujo al niño Caballero a contemplar de pie y despierto cosas que apenas podía acomodar en la testa.

Interrumpido pasó el primer año tras despertar del accidente. Podía correr y traer y llevar y atender cada palabra de su madre, pero a veces quedaba lelo prendido del horizonte abierto. No era namás que se pasmara. No era poquedad repentina. Era la entendederá misma que se le colmaba como con ruido de otras. Ante la angustia de que en una de esas el muchacho no le fuera a regresar, doña Efigenia resolvió tres cosas: era urgente abecedearlo y encariñararlo a un cuaderno, pa que pudiera explicarles adónde le iba la cabeza cuando quedaba tieso mirando quién sabe qué; de dos, era forzoso también aplicarse la casa entera en mejorar su propia alfabetización, pa poder comprenderlo; y de tres, había que sacarlo del patio y saldarlo como ayudante en la friega de la chicha, porque a lo mejor eran esos gases de la fermentación que no podían hacerle bien a nadie.

Fue así que a don Mariano todo ese paladeo le pareció ya inadmisible. Quiso volver a marchar con el muchacho. La madre, que había previsto el enojo de su marido y la necesidad sobre todo que este tenía de auxilio en sus tareas berracas, transó que llevara a Saúl, el otro varón entonces de siete. Justo por eso lo había crecido guerrerito: hábil de manos pa el cultivo; sacrificado en la vigilia por motivos de seguridad; fuerte en la carga de costales. A José María era buscarle oficio en otra cosa.

Pero ¿en qué, Señor bendito?, se preocupó el padre, y apenas fue a desbocarse repitiendo lo que la gente decía de su niño mudo, antes que terminara de frasearlo, doña Efigenia le estampó la cara con el rojo de una bofetada en el frío andino de las seis de la mañana.

Vuelva a decirle imbécil a mi hijo porque no chista y va a tener que aprender a cocinarse hasta el corte de las uñas.

A la sastrería del señor Camacho el niño Caballero llegó con diez calendarios cumplidos. Encajó de maravilla. Cómo no, si era la encarnación misma de la necesidad que el sastre le había confesado al padre una vez este le hizo entrega de un paquete de telas subido desde la villa de Mompo: Ayudante obediente que no sea chismoso.

No habla, don Camacho, y si no habla, ¿cómo va a ser chismoso? Es mi'jo mayor, el que se me accidentó y me quedó mudo.

¿Ni mu?

Ni mu, pero es listo y figura todo, véalo y verá.

Los clientes de la sastrería eran gente importante de la ciudad y provincias vecinas, pasaban ratos largos allí mi-

diéndose y sorbiendo café, les gustaba conversar con el sastre y siempre, siempre, sentía él, guardaban un respingo de recelo en lo que se atrevían a contarle. Más de una vez, corría el rumor, en su sala de telas se habían cocinado chismes de otros.

No le tomó tiempo al niño Caballero cogerle gusto al lugar. La textura de las telas lo desvariaba. Los ratos que lo dejaban solo pasaba pegándoles el cachete a cada una. Cerraba los ojos y daba tumbos por la sala tocándolas, arrugándolas, aprendiéndoles los nombres, imaginándoles el otro olor futuro distinto a su olor primero.

De su tiempo enhebrando aguja y rayando con tiza el punto indicado por su jefe aprendió un par verdades que iban a acompañarlo siempre: de uno, que la tela extranjera, al hacer distancia, valía más; y de dos, que la gente primorosa empinaba y giraba frente al espejo no pa verse completa, sino pa procurarse el consuelo de un porte imaginado en medio de miserias secretas.

Fue un día en el telaje, ya de trece, recién esas verdades hechas suyas, aseriado, hábil con las tijeras, preciso en sus respuestas garabateadas en cuaderno, que a la señora esposa del oidor don Joaquín Inclán le entró el afán por sus servicios y lo arrebató de los oficios del sastre.

Los modos prudentes que el mutismo había impuesto sobre el niño Caballero la colmaron divinamente. Su saber estar de pie, a un lado, atento y ausente; el vasallaje como natural de sus manos delicadas; su siempre desliz moderado. Lo venía viendo de años atrás y sin pensarlo dos veces, recién le apareció la plaza libre en el servicio de

la casa, movió carruaje y fue donde el sastre y le zarandéo los cachetes al muchacho. Luego le abrió la boca, le revisó dientes y encías, lo puso derecho y lo hizo subir junto a ella al asiento cubierto.

En el frente empedrado de la chichería de los Caballero Llanos, hasta donde se hizo conducir, declinó la señora de Inclán la oferta de doña Efigenia de pasar y sentarse a probar tinto. Le sonrió en cambio, y ahí mismo en la calle soltó lo suyo con detalle escueto de palabra monárquica: Servidor de mesa, ocho reales semanales.

A la madre del joven Caballero no le gustó que vinieran así con soberbia a notificarle el destino de su hijo dañado del habla. Sabía sin embargo a quién tenía al frente. Había escuchado la suma de dinero. La agitaba por dentro.

Mi niño batalla con eso de que no habla, su excelencia, dijo al fin, y dijo más cosas y la esposa del oidor Inclán contestó también y fueron cruzándose tranquilidades, como resignándose juntas a encontrar trato.

El trabajo pide que el joven sirva los siete días de la semana.

Doña Efigenia no titubeó: Siete es la vida allá. Me lo convierte en sirviente. Con cuatro, regresándomelo el domingo, tiene lo que esta familia puede hacer por usted, que es prestarle servicio.

Pactaron un peso más al mes, pago al día 30 y una yegua mansa pa que el muchacho hiciera las horas de viaje a la quinta en las afueras, por el camino a Chía, los jueves temprano con regreso domingo noche.